

dijimos, se confirma la verdad de nuestra fe. Ni se puede alegar contra esto, que algunos padecieron en defension de sus sectas engañosas, porque estos han sido muy pocos, y los nuestros son innumerables. Ni tampoco se puede decir que se engañarian los nuestros como gente simple, pues entre los mártires hubo gran número de sacerdotes y obispos doctísimos en todo género de doctrinas, á vueltas de otros grandes filósofos (como fué Sant Dionisio, y Justino mártir y otros tales), los cuales no se habian de ofrecer á morir, y morir con tan extraños tormentos, sin mucha consideracion y muy claro conocimiento de la verdad, porque no es tan liviano negocio la muerte, que los hombres sabios se ofrezcan á ella sin mucho peso y deliberacion, y sin muy seguras prendas y conocimiento de la verdad.

Y porque sería cosa infinita y ajena de nuestro instituto entremeter aquí todas las historias de los mártires que se cuentan en catorce persecuciones de la Iglesia (como ya dijimos) (r), solamente referiré aquí algunos pedazos de tres: de las cuales una fué de Diocleciano, otra de Antonino Vero, emperadores romanos, y otra de Sapor, rey de los persas, sacadas fielmente, parte de la historia Tripartita, y parte de la eclesiástica de Eusebio aprobada por la Iglesia. Y con estas juntaré el martirio de Sancta Martina virgen, y de Sancta Olalla, y de Sant Policarpo, discípulo de Sant Joan Evangelista; por ser muy dignos de ser sabidos.

## CAPITULO XVIII.

Persecucion de Diocleciano y Maximiano.

Corria el año diez y nueve del imperio de Diocleciano en el mes de marzo, acercándose la alegre solemnidad de la Pascua, cuando por toda la redondez de la tierra se pregonaban los edictos del César: que todas las iglesias (do quier que estuviesen edificadas) fuesen derribadas por el suelo; y todos los volúmenes de las divinas Escrituras fuesen quemados; y si alguno de nosotros tuviese alguna dignidad ó oficio, fuese privado dél, y quedase infame; y si alguno tuviese cristiano esclavo, que nunca pudiese ser el tal cristiano libre. Tales cosas contenian las primeras leyes que contra nosotros se establecieron. Despues de algun tiempo se acrecentaron, mandando que todos los prelados de las iglesias primeramente fuesen presos, y forzados con toda arte de tormentos á adorar los ídolos. Entónces viérades muchos de los sacerdotes de Cristo pelear maravillosamente á vista de Dios y de los ángeles y de los hombres, cuando con la crueldad de los perseguidores eran arrebatados á los sacrificios, y varonilmente resistian. Ca unos eran despedazados, otros atenazados, otros quemados con lañas de hierro ardiendo: de los cuales algunos fatigados consentian, otros hasta el fin perseveraban constantes. Y algunos de los perseguidores conmovidos de compasion, llevando á los nuestros á sus sacrificios, publicaban que habian sacrificado siendo falso; y de otros aun ántes que llegasen á los templos, decian que ya habian hecho lo que era mandado; y los dejaban culpados de solo consentir la infamia del delito que no habian cometido. A otros quitaban de cabe los altares medio muertos, y los echaban afuera; á otros arrastraban por los piés, y ponian entre los que habian sacrificado. Pero muchos dellos á grandes voces protestaban que no habian consentido, mas que eran cristianos y se preciaban

(r) Cap. 15.

dello. Otros con mayor libertad decian, que ni habian sacrificado ni sacrificarian en algun tiempo. A los cuales incontinentemente los oficiales de la justicia que estaban presentes, apuñeaban la boca y los ojos porque callasen, y á empellones los echaban diciendo que ya habian dado consentimiento. Tan grandes eran las astucias de los enemigos, porque á lo ménos se creyese que salian con su intento. Pero no quedaban sin respuesta de los bienaventurados mártires. Cuya virtud y fortaleza y grandeza de corazon (dado que no bastan palabras para contar en particular), pero referirémos lo que nuestras fuerzas bastaren. Y porque (segun dijimos) (a) el fuego comenzó á emprenderse contra solos los principales y constituidos en dignidad, hacian pesquisa de los caballeros que habia entre los nuestros, denunciándoles que les convenia adorar los ídolos, ó perder su nobleza y privilegios juntamente con su vida. Muchos dellos renunciaron por Cristo la caballería, y otros (aunque ménos) pospusieron las vidas. Pero como creció la llama por todos los pueblos y sus sacerdotes, no es posible hacer summa de cuántos mártires cada dia padecian por todas las ciudades y provincias.

En Nicomedia un varon noble y (segun la reputacion del siglo) ilustre, luego que vió fijado el edicto en la plaza contra los siervos de Dios, públicamente, encendido con fuego de fe quitó la carta, y á vista de todo el pueblo la hizo pedazos, estando en el pueblo el mismo Emperador y su compañero Maximiano. A los cuales como fuese hecha relacion de la religiosa y varonil hazaña del caballero de Cristo, con gran impetu y fiereza le atormentaron, y con todas sus fuerzas nunca acabaron que alguno le viese triste en las penas; mas con alegre rostro y semblante, faltándole ya carnes que fuesen llagadas, el corazon y espíritu vivia y se regocijaba. De lo cual sus verdugos mas gravemente se sentian viendo que embotaban en él todas sus armas, y no podian escurecer el resplandor de su cara. Despues deste pasaron todo su furor contra uno de los compañeros de Doroteo, que estaban siempre en la cámara del Emperador, y eran tratados como nobles; porque viendo este los demasiados tormentos que al mártir sobredicho se dieron, con alguna libertad habló mal dello; y por esto fué traído á juicio, y mandado sacrificar á los dioses. Pero resistiendo él á esto, fué mandado colgar, y despedazar todo su cuerpo con peines de hierro, para que con la angustia del dolor hiciese lo que estando sin lision despreciaba. Y como permaneciese inmóvil, fué mandado que fregasen con sal y vinagre sus carnes ya desolladas. Y sufriendo con el mismo corazon este tormento, mandaron poner unas parrillas sobre el fuego en presencia del juez, y poner encima lo que quedaba de su cuerpo gastado, para que del todo fuese consumido, no de presto, sino lentamente; para que la pena durase por mayor espacio. Puesto él así, los blasfemos ministros revolvan su cuerpo á todas partes, esperando cada vez sacar dél palabras de consentimiento; pero él perseverando fortísimamente en la confesion de la fe, y estando muy alegre por la esperanza de la corona, consumidas y derretidas en el fuego sus carnes, despidió su bienaventurado espíritu, y lo envió á su Criador. Desta manera Pedro (que este era su nombre) coronado de martirio, verdaderamente se hizo sucesor del apóstol Sant Pedro en el nombre y en la fe. Maestro deste era

(a) Cap. 16. §. 2.

Doroteo en los oficios que en palacio convenia hacer; porque era camarero mayor del César. En cuya compañía estaba asimismo Gorgonio su igual en virtud y fe y magnanimidad: por doctrina de los cuales y saludables ejemplos, todos los caballeros de la cámara real perseveraban firmes en la fe.

Pues como Doroteo y Gorgonio viesan atormentar á Pedro con tan crueles tormentos, con alta voz y fortaleza de espíritu dijeron: Emperador, ¿por qué castigas en solo Pedro el propósito y voluntad que todos tenemos así como él? ¿Por qué es él solo acusado del delito que todos conformemente confesamos? Esta es nuestra fe, esta nuestra religion y concorde sentencia. Semejantemente mandó el Emperador llevarlos á la audiencia; y despues de atormentados cuasi con las mismas penas que los primeros, los mandó ahorcar. Entónces Antimo, obispo de esa ciudad, perseverando en la misma confesion, mereció la corona del martirio echado un lazo á la garganta. Al cual, como á buen pastor que sabiamente careaba sus ovejas, siguió gran parte del rebaño.

## §. ÚNICO.

De las prodigiosas hazañas de otros innumerables mártires que en diversas partes glorificaron á Cristo.

Pero entre tantas huestes de mártires (dice Eusebio) tengo por cosa digna de contar la hazaña de dos mancebos; los cuales como fuesen presos y los constriñesen á que sacrificasen, dijeron: Llevadnos á los altares; y como llegasen, pusieron las manos sobre las brasas que estaban en ellos, y dijeron: Si de aquí quitáremos las manos hacend cuenta que sacrificamos; y así perseveraron hasta que toda la carne se deshizo sobre el fuego. Pues ¿qué diré de aquellos trescientos hombres que cuenta Prudencio en el martirio de Cipriano? Ante cuyos ojos puso el tiranno un altar de sus abominables sacrificios, y una calera de cal hirviendo á par dél, diciendo que los que no quisiesen sacrificar habian de ser echados en aquella calera. Oyendo trescientos hombres estas palabras, movidos con un ímpetu del Espíritu Sancto, y con el calor de la fe y del amor de Dios, y con deseo de la corona gloriosa del martirio, corrieron á gran priesa y se arrojaron en la calera, comprando con una breve y gloriosa muerte, una mas gloriosa y perdurable vida.

Mas volviendo al tiempo de Diocleciano, en esta sazón acaeció que se encendió fuego en el palacio del Emperador: lo cual creyó él con falsa sospecha que habia sido esto hecho por los nuestros. Por lo cual encendido con mayor fuego de ira, mandó que todos los fieles fuesen llevados en dos haces, y los unos fuesen descabezados y los otros abrasados. Pero la gracia de Dios encendia mas poderoso fuego en sus corazones que la saña en el corazon del Emperador. Finalmente, siendo preguntados por los oficiales cuáles dellos querian sacrificar y escapar con la vida, á todos pesaba, así hombres como mujeres, de ser preguntados; y de su voluntad unos se echaban en las llamas, otros á porfia tendian la cerviz al cuchillo. Y como los que presentes estaban tomasen horror de ver crueldad tan extraña, los ministros de la muerte sacaron de allí la parte de los que aun vivian y pusieronlos en una nao, y llevados á alta mar los arrojaron en las ondas. Y tanto creció su rabioso furor, que siendo sepultados los cuerpos de los criados de la casa real, abrian sus sepulcros y echaban sus venerables cuerpos en la mar, diciendo: Echémoslos en la mar, porque por ven-

tura no se hagan estos dioses de los cristianos, y esta loca gente que no quiere adorar nuestros dioses, adore nuestros esclavos.

Y como quiera que tan desmedidas crueldades se hiciesen en Nicomedia (do estaba el autor de tantos males, hambriento de las carnes de los cristianos), pero no ménos priesa se daban en la provincia de Malta y de Siria, en poner en cárceles á los príncipes de las iglesias por mandamientos imperiales. Y juntamente con ellos prendian muchos del pueblo, hombres y mujeres: tanto que por todas partes era lastimera y terrible cosa de ver. Porque súbitamente en pregonándose las provisiones reales, se hacia silencio en la ciudad y grande apretura de gente en las cárceles. Ningun hombre parecia por las calles; en las cárceles no cabian: tanto, que no parecian delincuentes presos, sino que todos los ciudadanos habian mudado morada; y las cadenas hechas para los ladrones y adúlteros y homicidas, entónces ceñian los cuellos de obispos y sacerdotes, diáconos y lectores, y religiosos monjes: tanto que para los verdaderamente culpados faltaban prisiones y lugar en las cárceles. Pero como se hiciese relacion á los príncipes que las cárceles estaban llenas y faltaba lugar para los malhechores, enviaron nuevas provisiones, mandando que de los que estaban presos quien quisiese sacrificar saliese libre, y quien resistiese muriese con graves tormentos.

Tales fueron las batallas de los gloriosos mártires en Tiro, á do habian venido de las partes de Egipto. Y no menores fueron las que en su provincia (digo en Egipto) vencieron otros bienaventurados, así hombres como mujeres, niños y viejos, despreciando la vida presente por la fe de la eternidad, y anhelando por la gloria verdadera que en ver á Jesucristo consiste.

Algunos dellos despues de azotados, encadenados, heridos y raidas sus carnes, fueron echados en el fuego; otros despeñados en las aguas, otros descabezados, inclinando ellos de su gana la cerviz al cuchillo, otros consumidos de hambre, otros enclavados en maderos, de los cuales fueron puestos muchos la cabeza abajo. No fué menor la crueldad que en Tebaida se ejerció, donde en lugar de rallo usaban cascos de vasos de barro, con los cuales raian de tal manera sus carnes, que las despojaban de todo el cuero. Las mujeres sacaban desnudas: tanto, que ni aun sus partes naturales cubrian, y con nuevo y afrentoso artificio las colgaban de un pié, la cabeza hacia el suelo, y allí las dejaban colgadas todo el dia. A muchos ataban los piés á dos ramos de árboles apartados (si acaso allí cerca los hallaban), y despues soltaban los ramos que habian doblgado, para que con su fuerza volviendo á su natural puesto, rasgasen por medio las entrañas de los fuertes guerreros. Y esto no pasó en pocos dias, ni en breve tiempo, mas por años enteros cada dia se martirizaban, cuando ménos diez al dia, y muchas veces ciento, hombres y mujeres y niños.

En esta sazón, pasando yo por las regiones de Egipto, vi con mis ojos presentar innumerable pueblo delante del ferocísimo presidente, sentado en su tribunal; á los cuales preguntaba uno á uno; y en respondiendo que era cristiano, este era todo el proceso, y luego le ponian aparte ya condenado. Y no obstante que todos de su voluntad, y á porfia unos ante de otros se le ponian delante, y libremente confesaban su fe, ni por esto, ni por contemplacion de tanta muchedumbre, el crudelísimo tiranno templaba su ira. Examinados todos, salieron jun-

tamente al campo, cerca de los muros, no arrastrados con sogas, sino llevados con maromas de fe. Ninguno faltó sin que nadie mirase por ellos: todos venían muy alegres, y entre sí contendían quién estrenaría primero el cuchillo del verdugo. Faltaron las fuerzas á los porteros, aunque á ratos se renovaban; cansáronse sus brazos, y los filos de sus espadas se embotaron. Vi á los carniceros sentarse cansados, y acezando, y mudando puñales, y que el día se acababa ántes que los mártires. Y en todo este tiempo ninguno dellos, hombre ni niño, volvió atrás de su lealtad una vez comenzada; mas ántes temía cada uno no se oscureciese la claridad del día primero que le cupiese la suerte de su martirio. Con tanta alegría y confianza recibían la muerte presente, sabiendo que era principio de la vida bienaventurada. Vi que mientras los unos eran degollados, los otros no estaban ociosos ni congojados; mas alegremente cantaban himnos á Dios hasta que les venía la vez tanto deseada, para que no les hallase la muerte en otro ejercicio, sino en el que habían de continuar para siempre en el cielo. ¡Oh maravilloso y digno de gran veneración tal coro de cantores bienaventurados, tal capitán de fuertes, tal corona y resplandor de la gloria de Cristo!

Regía esta capilla, capitaneaba este ejército, hermo-seaba esta corona el sagrado pontífice y capitán esforzado y perla sobre todas las perlas preciosa, Fileas, obispo de la ciudad llamada Tumis; de cuya gloriosa pasión y de la carta que escribió estando preso en la cárcel á su amada esposa la iglesia de Tumis, harémos adelante mención. Mas no se hartaban aquellos fieros corazones con toda esta carnicería. Porque viendo que no habían podido vencer á los mártires vivos, procuraban para consuelo de su rabia vengarse en los cuerpos de los muertos. Y así á unos mandaban echar en la mar para que los comiesen los peces; otros quemaban y volvían en ceniza, pareciéndoles que con esto perderían la esperanza de la resurrección, por la cual morían alegremente. A muchos mandaban echar en las privadas, como lo hicieron con el ama del mártir Hipólito, por nombre Concordia, y con el glorioso Sant Sebastian, dos veces mártir, una asae-teado y otra tan fieramente azotado, que á poder de azotes envió aquella ánima santísima del tormento de los azotes al reino de los deleites eternos. Este linaje de desprecio declara la grandeza de la persecución de los tiranos y la furia del demonio que rabiaba en sus corazones, viendo cada día menoscabarse su honra y dilatarse la gloria y reino de Cristo.

## CAPITULO XIX.

Martirio de la virgen Sancta Olalla.

Y porque en esta cruelísima persecución de Diocleciano y Maximiano padeció la virgen Sancta Olalla en la ciudad de Mérida, siendo de edad de trece años (cuya pasión celebró Prudencio en sus elegantísimos versos), parecióme que la debía enjener en este lugar, junto con el martirio de la virgen Sancta Martina (que adelante se pone), el cual no fué menos admirable que el desta sancta, aunque fué en tiempo de otro emperador; en el cual se verá una gloriosa competencia entre Dios y estas sanctas vírgines: ellas á padecer tormentos por él, y él á esforzarlas y hacer milagros por ellas. Y que Sancta Olalla haya padecido en tiempo de los emperadores ya dichos, muéstránon estas palabras que Prudencio le atribuye, que dicen así: Isis, Apolo y Vénus nada son; y Maximiano

nada es. Aquellos son nada por ser hechos de mano; y este es nada porque adora dioses hechos de mano. En este martirio verémos una de las mas fieras y porfiadas batallas que se han visto. Porque verémos por una parte pelear juntas sus armas toda la potencia del mundo y del infierno, y todas las invenciones de tormentos que se pudieron imaginar; y por otra una doncella noble y delicada de trece años, y con ser desta edad, salir vencedora desta tan gran batalla. Verémos otrosí la omnipotencia de aquel Señor, el cual declara la grandeza de su poder y de su gracia, escogiendo los mas flacos sujetos del mundo para derrocar la idolatría y plantar la fe: lo cual fué cosa tanto mas admirable cuanto mas flacos eran los instrumentos de que usó.

Pues comenzando á relatar su glorioso martirio, esta virgen fué natural de Mérida, hija de padres cristianos, los cuales dende su tierna edad la criaron en temor y amor de Dios: en el cual creciendo cada día de virtud en virtud, vino á tener grandes deseos de morir por el esposo celestial á quien tenía consagrada su virginidad. Y viniendo un juez á Mérida á perseguir los cristianos, y oyendo la fama de la cristiandad desta virgen, y de sus padres, envió un carro para que se la trajesen; la cual á la sazón estaba en un lugar llamado Ponciano, treinta y ocho millas de la ciudad de Mérida, en compañía de otra virgen de su mismo propósito, por nombre Julia. Llegados pues los ministros del adelantado, y diciéndole que ya su padre Liberio con otros cristianos estaba preso, y que ella también era llamada por la misma causa, recibió esta nueva con grande alegría, por el deseo que tenía de padecer por amor de su Salvador. Y si ella entonces pudiera, quisiera andar todo aquel camino en una hora. Iba en su compañía la virgen susodicha, á la cual dijo la sancta: Sábete, hermana Julia, que aunque voy tarde, seré primero martirizada. Llegada á la ciudad, mandó el juez traerla antesí. Al cual dijo la virgen: ¿A qué veniste á esta ciudad, enemigo de Dios? ¿Por qué persigues á los cristianos, y á las vírgines que se han consagrado á mi Señor Jesucristo? El juez oído esto, díjole con mansedumbre: Niña, ántes que crezcas, me parece que quieres perder la flor de tu juventud. Respondió la virgen: Yo soy de trece años, mas no pienses que podrás espantarme con tus amenazas. Ca asaz me basta lo que he vivido en la tierra, porque tengo esperanza de vivir en el cielo. Respondió el juez: No te engañe, mezquina, esa vanidad; mas llégate á ofrecer sacrificio á los dioses, porque puedas escapar de los tormentos que te esperan, y ser honrada con un esposo noble y rico. Yo, dijo ella, tengo esposo noble y rico, y inmortal, que es Jesucristo; Salvador del mundo. Oído esto, el juez comenzó á halagarla con blandas palabras, diciendo: Mira, hija, á tu niñez, y ten compasión de tí misma, y ofrece encienso á los dioses, y librate de la muerte. La virgen respondió: Cristiana soy, y no haré lo que me dices.

Entonces airado el juez, mandó dar curador, y á él mandó que la hiciese azotar. Y siendo azotada, bendecía al Señor, y maldecía á los emperadores y á sus dioses. De lo cual informado el juez, mandó traer ante sí; y viendo su hermosura, y mostrando compasión de su tierna edad, díjole: Di, niña, ¿qué te aprovecha esta tu porfía? Vé y ofrece sacrificio á los dioses, y no quieras sufrir tantas penas. Respondió la virgen: ¿Qué te aproveché, desventurado, mandarme desnudar y azotar, pen-

sando que me pudieras apartar de la verdad? Engañaste, miserable, porque solo mi cuerpo tienes en tu poder; mas sobre mi ánima solo aquel lo tiene que la crió. Y porque conozcas mi voluntad, yo te digo, que maldije y maldigo agora tus dioses, y tus emperadores. Embravecido con esta respuesta el juez, hizo poner su estrado en la plaza, y mandó parecer ante sí á la virgen, para que allí fuese atormentada. Para lo cual mandó cortar varas de árboles, dejándolas con sus nudos, y haciéndolas remojar, y con ellas mandó azotar la virgen. Entonces ella díjole: Viejo desventurado, no pienses que me espantas con tus amenazas; porque mas me esfuerzas con ellas. Oyendo esto el juez dijo á los verdugos: Traed aceite hirviendo y derramádselo sobre los pechos. Y echándole este aceite, dijo la virgen: Este tu aceite ferviente no me ha hecho mal, ántes me ha encendido mas en el amor de mi Señor Jesucristo, al cual desea ver mi ánima. Oyendo esto el juez dijo á los verdugos: Traed muy presto cal viva, y metedla en ella, y echadle agua fria encima para que ahí se abrase. Entonces dijo la virgen: Atórmate el fuego perdurable del infierno, que así trabajas por atormentar la sierva del Rey del Cielo. Pasado este tormento, no contento el cruel tiranno con lo hecho, mandó traer una olla llena de plomo derretido, y tendida la virgen sobre un lecho de hierro, mandó que le mostrasen primero aquel linaje de tormento, para ver si con él desistía de su propósito. Mas como ella no desistiese dél, mandó que derramasen aquel plomo derretido sobre su cuerpo. Mas estando la virgen con los ojos levantados al cielo esperando este tormento, helóse el plomo, y quemaba las manos de los que lo echaban, y no quemaba á ella. Y viendo esto el juez, y cada vez mas embravecido, mandó traer las varas y azotarla cruelmente, y despues fregarle las llagas con cascotes de tejas puntiagudas. Y pasado este tormento, viendo el tiranno la constancia de la virgen, díjole: No pienses que has de salir de aquí vencedora; porque otras penas mayores tengo aparejadas para vencerte. Respondió la virgen: No me puedes tú vencer; porque aquel vence en mí, que pelea por mí. Entonces el cruel tiranno mandó que le pusiesen hachas encendidas en el cuerpo. En el cual tormento dijo la virgen: Asado es ya mi cuerpo, mas no por eso me fallece esfuerzo. Mándame echar sal encima, porque mi cuerpo pueda ser sabroso manjar á mi esposo celestial. Oyendo esto el tiranno, y quedando espantado de tal esfuerzo, mandó que la echasen en un horno encendido, y que no la sacasen dél hasta que fuese quemada. Mas la virgen dentro del horno cantaba himnos y alabanzas á Dios. Y como el tiranno (que andaba paseándose junto al horno) la oyese cantar, viendo que ya no le quedaba mas que probar, atónito de lo que veía, vino á decir: Pienso que somos vencidos; porque esta moza todavía persevera en su mala intención, y no siente dolor. Mas porque no se glorie vanamente, sacadla del horno, y raele los cabellos de la cabeza, y llevadla por las plazas desnuda, para que así sea avergonzada. Oyendo esto la virgen dijo: Aunque sea deshonrada en la tierra, descabellada, desnuda, y afeada, aquel por cuyo amor yo sufro esto, tomará de tí venganza, enemigo de justicia, y te dará tu merecido. Dijo entonces él: Si temes esta fealdad, ven y sacrifica á nuestros dioses. Respondió ella: Ofrezco á mi Dios sacrificio de alabanza. Oyendo esto, dijo el tiranno: Estiradla en el caballete de madera, y ponédle fuego á los lados. Puesto el fuego, comenzó

la virgen á loar al Señor diciendo aquellas palabras de David (a): Probaste, Señor, mi corazón, y examinástelo con fuego, y no hallaste en mí maldad. Y dice Prudencio que estando la virgen en este tormento, y siendo desgarradas ya sus carnes con garfios de hierro, decía: Estas señales, Dios mio, que el hierro hace en mi cuerpo, letras son con que vuestro sancto nombre se escribe en mi carne, las cuales predicán vuestras victorias y triunfos. Entonces los verdugos hicieron un cabestro de cabellos que le habían cortado, y enfrenándola con él, la llevaron fuera de la ciudad donde la habían de justiciar. Y puesta en el tormento del caballejo fué allí otra vez estirada, y azotada, y atormentada de nuevo. Y no quedandó aun aquel rabioso corazón, instigado por los demonios, harto con los tormentos pasados, mandó de nuevo poner hachas encendidas á sus costados. Entonces la virgen dijo: ¿Por qué, Calurniano, usas de tan gran crueldad contra mí? Pues abre los ojos, y mira mi cara, y cónceme agora bien; porque me puedas conocer en el día del juicio, cuando pareciéremos delante de mi Señor y esposo Jesucristo, donde tú recibirás el castigo merecido por tu crueldad. Oyendo esto muchos de los que presentes estaban, y maravillados de tan grande fortaleza en tan tierna edad, fuéron de tal manera compungidos, que conocieron la virtud de Cristo que en aquella virgen triunfaba, y se convirtieron á él dejada la idolatría. Y poniéndole los verdugos fuego por todas partes, ella abriendo la boca tomaba la llama que ardia. Y luego fué vista salir de su boca aquella ánima santísima en figura de paloma que subía á lo alto. Y el cruel tiranno, ya que no pudo acabar nada con el cuerpo vivo, quiso vengarse en el muerto, mandando que estuviese tres días colgado, y puesto á la vergüenza en presencia del pueblo. Mas la divina Providencia envió gran copia de nieve sobre su cuerpo, y hermoseó sus miembros, y alimpió los cabellos que estaban ensuciados con las manos sangrientas de los carniceros, y quedó blanqueado el cuerpo, que con las llamas del fuego estaba tostado y denegrido. Esta es en breve la historia deste tan admirable martirio.

## CAPITULO XX.

Martirio de la virgen Sancta Martina.

Despues deste tan glorioso martirio de la virgen Sancta Olalla, me pareció añadir el de Sancta Martina; porque no es menos glorioso ni menos admirable, puesto caso que fué en tiempo de otro emperador, por nombre Alejandro, en cuyo tiempo sucedió la quinta persecución de la Iglesia. Y aunque haya aquí muchas cosas de que maravillarnos, pero una de las principales es una sancta competencia entre esta virgen y su celestial Esposo: ella á padecer diversos linajes de tormentos por él, y él á hacer milagros y maravillas por ella.

Fué pues esta virgen de muy noble linaje, cuyos mayores tuvieron siempre muchos magistrados en la república Romana, y su padre fué cónsul, que era el principal cargo de la ciudad. Esta doncella, quedando por muerte de sus padres muy rica y abastada de bienes temporales, no usó dellos para soberbia y vanagloria, mas dándose toda á Dios y á obras de misericordia, gastaba todos sus bienes con los pobres. Y con estas y otras semejantes ocupaciones, perseverando en sanctidad de vida, armó de fortaleza su corazón, y se puso en vela

(a) Psalm. 16.

contra el bravo leon, que con grandísimo cuidado busca siempre á quien tragar. Mandados pues por el Emperador (que entónces perseguía los cristianos) Vital, Cayo, y Casio, principales personas de su casa, á buscar cristianos para los hacer sacrificar, hallaron en una iglesia de la ciudad á esta sancta doncella puesta en oracion; y llegándose á ella (como por su nobleza era conocida) le dijeron: El Emperador te saluda y estima como conviene á tu nobleza; pero manda que vayas con nosotros para sacrificar al gran dios Apolo. Respondió la vírgen con alegre semblante: Aguardad pues un poquito, que despues que me encomendare á Dios y al sancto Obispo, de buena voluntad me iré con vosotros. Y volviendo á su oracion, encomendándose al Señor muy ahincadamente, se fué con ellos muy contenta. Llegados al palacio los que la habian traido, enviaron á decir al Emperador que traian una doncella cristiana de grandísima autoridad y nobleza, que de buena voluntad queria sacrificar á los dioses, y demas desto persuadir á los cristianos que hiciesen lo mismo.

Holgándose mucho dello el Emperador, mandó que le fuese llevada, y díjole: Gran placer recibo en que siendo tan noble y bien criada, quieras dejar esa opinion cristiana, y sacrificar al dios Apolo. Yo te prometo que por ello recibas y hayas de mí muchas honras y favores. Respondió á esto la vírgen sin ningun temor: Mándame tú sacrificar siempre á Dios vivo, que con su poder crió todo el mundo de nada, para que sacrificándole yo, tu Apolo falso, avergonzado y enflaquecido, no pueda mas burlarse de las criaturas que esperan y confian en su señor y salvador Jesucristo. Y mandándola el Emperador llevar al templo para que sacrificase, le dijo la sancta: Entra tú conmigo y los sacerdotes de tu Apolo, y todos los que le honrais; y veréis cuán benignamente mi Dios sancto y bueno recibe de mis manos sacrificio. Oyendo esto el Emperador, mandó que los de su guarda y todos los que presentes estaban, fuesen con ella al templo, y viesen lo que hacia. La sancta doncella, encomendándose á Dios y armándose con la señal de la cruz, se puso en oracion; y acabada ella, hubo un grande temblor de tierra en toda la ciudad, y cayó una gran parte del templo de Apolo, y desmenuzando la estatua del ídolo, mató todos los sacerdotes que en él estaban, y mucha otra gente infiel. Indignado el Emperador con estas cosas, como por estar ciego de corazon no entendiese que todo aquello era poder y virtud de Dios, mandó que diesen muchos bofetones á la Vírgen, y que rasgasen sus carnes con hierro. Hicieron los sayones sin ninguna piedad lo que les era mandado; pero cansados y enflaquecidos comenzaron á decir á grandes voces: ¡Qué maravilla es esta, que mucho mas cansados y flacos estamos nosotros que esta que tan mal tratamos, porque nosotros vemos cuatro mancebos muy hermosos, que la esfuerzan, y vuelven sobre nosotros los tormentos que le damos! Pero el Emperador movido con ira, viendo los atormentadores quebrantados, deshonorábalos, arguyéndolos de flacos y para poco. Y por esto mandó que fuese la vírgen levantada en alto, y que sus carnes fuesen rasguñadas con pedernales agudos. Mas la vírgen, puestos sus ojos en el cielo, decia: Bendito eres, señor mio Jesucristo, que tan liberalmente das tu gracia á los que en tí ponen toda su esperanza. Dichas estas palabras, perseverando con grandísima constancia en los tormentos, vino una luz del cielo que rodeó á ocho verdugos que la atormenta-

ban; los cuales cayendo en tierra, rogaban á la vírgen les alcanzase perdon de Dios, por los tormentos que le daban, pues forzados los hacian. Respondió la sancta con mucha alegría: Si quisieredes convertiros á mi señor Jesucristo, y creer de todo corazon que él dará el premio á cada uno de sus obras, gozaréis de los premios que en el cielo están aparejados para sus fieles; pero si otra cosa creyéredes, de verdad os digo que os esperan eternos y espantosos tormentos en el infierno. Ellos todos ocho alumbrados con la divina gracia, dijeron á grandes voces que creian en Cristo; y abominando el cruel oficio que hacian, todos á una voz dijeron al Emperador: Nosotros de aquí adelante no queremos servir á estos que tú llamas dioses, y á la verdad son ídolos, pues habemos aprendido de Martina cuán grande sea la virtud de Dios y de su Hijo Jesucristo. Enojado desto el Emperador, mandó luego que fuesen colgados en alto, y con cuchillos fuesen despedazadas sus carnes. Mas ellos en todos estos tormentos ninguna cosa hablaban, solamente tenian puestos los ojos en el cielo. Y siendo así atormentados un gran rato, mandó el Emperador que fuesen degollados, temiéndose que otros movidos por su ejemplo se tornasen cristianos. Ellos nada turbados por la sentencia, haciendo en sus frentes la señal de la Cruz con grande alegría, esperaron el martirio. Y así con corona de gloria enviaron sus espíritus bienaventurados al cielo.

El dia siguiente llevada la vírgen delante Alejandro, y mandándole él sacrificar, como ella no hiciese caso de su mandamiento, mandó el tiranno que desnuda fuese levantada en alto y sus carnes despedazadas. Y en tormento tan esquivo no cesaba la vírgen de alabar á Dios. Y despues de hecha pedazos, fué atada á cuatro palos, y allí muy cruelmente azotada por dos verdugos. Y perseverando ella en las alabanzas de Dios, fué tanto el espacio en que la estaban atormentando, que se revezaron siete verdugos á azotarla. Mas ella no hacia caso de las penas que le daban, por el esfuerzo que recebia con el favor de la divina gracia: ántes los verdugos pedian con grande instancia al Emperador les diese licencia para no la atormentar mas, porque ellos eran los atormentados. Mas el cruel tiranno con mucho coraje mandó que unos y otros, y muchos mas se revezaran en la azotar. Estaba presente al martirio desta sancta un hombre rico y pariente del Emperador, el cual por complacerle dijo, que la mandase llevar á la cárcel, y allí fuese pringada y caldeada con aceite hirviendo sobre aquellas llagas que estaban corriendo sangre. El Emperador mandó luego que así se hiciese. Iba la vírgen con un rostro lleno de alegría á la cárcel á recibir este nuevo tormento, y toda la noche gastó en loores de Dios, y fueron oidas voces en la cárcel, que juntamente con la vírgen alababan al Señor. Al tercero dia fué presentada al tiranno, el cual le dijo que fuese luego al templo y sacrificase, si no queria morir mala muerte. Pero la vírgen, haciendo la señal de la cruz, en el nombre de Cristo, entró en el templo, y puesta en oracion mandó al demonio que estaba dentro en el ídolo de Diana, que saliese luego dél. Y súbitamente con grandísimo estruendo salió, y cayó fuego del cielo y quemó el ídolo, y parte del templo que cayó mató muchos de los sacerdotes y de otros infieles. El Emperador atemorizado con estas cosas, entregó la vírgen á un presidente por nombre Justino, para que de nuevo la atormentase; y porque la sancta con grande fe y confianza

le dijo: Atórméntame cuanto quisieres, ca no me podrás hacer que sacrifique á tus dioses, él la mandó luego levantar en alto, y despedazar las carnes ya despedazadas, con peines de hierro, y la mandó abrir por los pechos con los peines, hasta recibir no ménos que ciento y diez y ocho heridas en ellos. En todo este tormento ninguna palabra habló la vírgen, sino los ojos puestos en el cielo, ofrecia su cuerpo en sacrificio á Dios. El Presidente pensando que era muerta mandó que la dejasen; mas entendiendo que aun estaba viva, le dijo: Martina, ¿quieres sacrificar á los dioses y excusar los tormentos que aun te tengo aparejados? Respondió la sancta: Yo tengo á mi señor Jesucristo, que me esfuerza, y no sacrifico á tus abominables dioses. El Presidente arrebatado con ira, y cuasi medio loco, la hizo quitar del palo, y mandó á los verdugos que la llevasen á la cárcel, pareciéndole que no podría ella por sí andar segun estaba despedazada; mas ella se fué á la cárcel por sus piés. Sabido esto por el Emperador, la mandó echar á las bestias bravas, y llevada al teatro para esto, fué echado un bravo leon; mas él llegándose á la sancta, no sólo no le hizo mal, mas ántes se arrojó á sus piés. Viendo ella esta maravilla de Dios, de nuevo le suplicó que no permitiese que ella se viese jamas apartada de su amor. Y por el leon estar lamiendo los piés de la vírgen, perdida toda su natural braveza, fué tornada á llevar á su prision. El cual leon como instrumento de la divina justicia, habiendo perdonado á la inocencia de la vírgen, de camino mató á Eumenio, pariente del Emperador, que habia dado el consejo contra la sancta. Ella fué luego llevada á la cárcel, donde pocos dias despues mandó el tiranno que la llevasen al templo á sacrificar á los ídolos. Pero la vírgen le respondió: Haz todo cuanto pudieres, porque nunca me podrás apartar del que conmigo tengo, que es mi señor Jesucristo. Oido esto la mandó otra vez atar, y despedazar los huesos, que las carnes ya lo estaban. Y diciéndole uno de sus atormentadores: Confesa Martina á Diana por diosa, y serás libre. Respondió ella: Cristiana soy, y á Jesucristo confieso. Entónces mandó el tiranno que fuese quemada, para lo cual fué luego hecha una grande hoguera, y la vírgen de Cristo arrojada en ella. Mas la divina Providencia envió agua del cielo que mató la llama, y un viento recio que se levantó, esparció el fuego, y quemó muchos de los gentiles que presentes estaban. Espantado el Emperador de lo que veía, y creyendo que estos eran hechizos, y que los tenia en los cabellos (porque toda estaba desnuda), la mandó tresquilar; y pensando que con esto le habia quitado toda su fuerza, comenzó á burlar della, y mandóla meter tres dias en el templo de Diana, donde estuvo sin comer alabando al Señor. En cabo dellos fué sacada del templo, y pidió á Dios en su oracion fuese servido de la librar de la miseria desta vida. El Emperador, viendo su constancia y que no podia con ella, la mandó degollar. Y con este martirio, haciendo oracion á Dios, se fué á la gloria de su Esposo y Señor; el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Escribió este martirio Adon, obispo de Tréveris.

## CAPITULO XXI.

Martirio de la vírgen sancta Anastasia, escripto por Simeon Metafraste.

Hallamos en las historias haber sido dos vírgenes de un mismo nombre, que era Anastasia, ambas romanas, y ambas de muy esclarecido linaje, pero mucho mas

esclarecidas con la sanctidad de la vida y confesion de la fe. La una dellas fué casada con un hombre depravado, así en la fe como en la vida. Por lo cual no usando ella de la libertad del matrimonio, conservó siempre su pureza virginal. Muerto el marido, perseverando ella en la misma pureza, empleaba toda su vida y hacienda en socorro de pobres y necesitados, mayormente de aquellos que estaban presos por la fe, buscándolos en las cárceles, y proveyéndolos de todas las cosas necesarias, limpiando sus llagas, y curándolas, y haciéndoles sufrir con sus amonestaciones y consejos esforzadamente los tormentos; y despues de muertos sepultaba sus cuerpos honrosamente con toda la pompa y gloria que en aquel tiempo se sufría, en lo cual gastó todo lo que le quedaba de vida, hasta que ella se ofreció tambien en sacrificio y holocausto á Dios, acabando su vida entre las llamas del fuego por la confesion de la fe.

La otra Anastasia escogió la vida monástica y quieta, desechando los cuidados y cargas del matrimonio, y no contenta con la corona de la virginidad, mereció tambien con un esforzado y grande ánimo la palma del martirio, gozando en el cielo destas dos coronas. Pues renunciando esta vírgen sus padres, y parientes, y bienes temporales, siendo de edad de veinte años, se encerró en un monasterio, donde siendo instituida por la sancta Sofia (porque este era el nombre de su maestra), produjo despues frutos de virtudes proporcionados á tal doctrina y tal institucion. Mas el demonio teniendo envidia de tal sanctidad y pureza, hizole primero guerra con sus domésticos y familiares; los cuales procuraban apartarla de aquel recogimiento y rigor de vida. Mas como ella perseverase constantemente en el propósito comenzado, viendo que por esta via no la podía vencer, volviósse á otras artes, y hizo que esos mismos familiares suyos denunciasen á los oficiales del juez que andaban en busca de los cristianos, que esta vírgen lo era. Luego ellos fueron al presidente que se llamaba Probo (siendo en aquel tiempo emperador el cruelísimo Diocleciano) diciendo contra esta vírgen que ni honraba sus dioses ni al Emperador, sino que predicaba por Dios á un hombre llamado Cristo, y que habia escogido una vida solitaria sin compañía de marido, y que enseñaba á otras vírgenes esta nueva manera de vida. Juntado pues el Presidente mucha gente ante su tribunal, mandó que esta vírgen le fuese presentada. Fueron luego los ministros de la maldad, y quebrando las puertas y cerraduras del monasterio, preguntaban por el nombre de Anastasia. La sancta maestra suya Sofia, entendiendo lo que era, rogó con grande humildad y instancia á los alguaciles, le otorgasen un poco de espacio, en el cual derramando muchas lágrimas, y tomando á la vírgen, y poniéndola secretamente delante del altar, y llamando á Dios por testigo de lo que queria decir, habló desta manera.

Yo, hija mia dulcísima, habiéndote recibido en mi compañía dende tu tierna edad, nunca cesé dende el primer dia hasta este de enseñarte con todas mis fuerzas todo lo que te era necesario para el servicio y amor de Cristo. Y pues tú agora has llegado á la edad de la plenitud deste Señor (a), camina para él con grande alegría; porque hoy te desposo, y ofrezco, y entrego en manos de tu celestial Esposo. Y ya te está aparejado el tálamo, y el que te llama es verdadero y fiel, y los mensajeros

(a) Ephes. 4.